

LA MUJER EN LA Iª GUERRA CARLISTA (1833-1840)

Algunos historiadores han llegado a afirmar, que las guerras carlistas eran guerras machistas, de hombres, y que las mujeres no estaban "invitadas" al evento. Seguramente quienes hicieron esas afirmaciones, basaron sus deducciones en las apariencias, ya que la realidad fue diferente.

Ciertamente no era una época propicia para la mujer, no era un buen momento; no participaba de la cultura, ni en la economía ni en la sociedad; había recibido una educación basada en la pasividad, obediencia y aceptación sumisa de la violencia del sistema. Un detalle revelador: el 70% eran analfabetas.

Lo suyo era: llevar agua y comida de un sitio a otro, descargar carros, preparar parapetos, abrir zanjas... También recoger madera, estar con los cerdos, trabajar la tierra... Y por supuesto comprar lo que necesitaban... Vender lo sobrante en la ciudad, hacer trueques... Iban a los mercadillos de la ciudad, rebuscaban en sus entrañas, compraban cosas de contrabando.

En la lucha activa ni se le veía ni se le esperaba. Hay algunos testimonios excepcionales de mujeres guerreras disfrazadas de hombres, otras sin camuflaje vestidas con trajes vistosos de cantineras o de Amazonas; hay escritos que sugieren actuaciones heroicas femeninas, llevando a sus espaldas heridos por caminos inhóspitos; también dirigiendo guerrillas locales como Luisa "la diosa" o simplemente personajes de afamadas novelas históricas, narrando las andanzas de: Fermina "la navarra", Amparo "la loca" y Gabriela "la matahombres".

La mujer participaba en la guerra a su estilo, aparentemente de manera menor, de forma discreta pero en realidad, hacían más de lo que se cree. Eran confidentes, espías, trasmisoras de mensajes, guardianas de documentos; y todo ello mientras preparaban manjares o entretenían a las gentes.

Las mujeres padecieron en sus carnes los horrores y las venganzas, aunque de forma y manera mucho más excepcional que los hombres; fueron castigadas, vejadas y hasta fusiladas por colaborar con los carlistas. En otras ocasiones fueron sentenciadas sin motivo: la madre del general Cabrera fue fusilada por el mero hecho de serlo; la misma suerte ocurriría a la madre del "palillos" un guerrillero carlista burgalés y a otras familiares de dirigentes.

También hubo detractoras de la causa, con y sin motivo, y fueron severamente castigadas. Sabina era la mujer de Sabino que estaba prisionero de los liberales. Estos prometieron a la mujer, liberar al marido, si les pasaba información del enemigo. La sorprendieron "in fraganti", llevando un mensaje dentro de la barra de pan. Fue juzgada y fusilada.

No obstante, es preciso afirmar con rotundidad, que la función principal de la mujer del entorno carlista era la casa. Siempre se le consideró una buena gestora de la mansión familiar. Algunos dirigentes hablan de sus mujeres, como esposas y además gobernantas de sus casas, una especie de segundo oficio. La buena gestión del hogar, iba emparejada a saber esconder las cosas, porque bastaba una partida de diez soldados para saquear una aldea. El dinero se podía enterrar en una olla en la huerta propia o en la del cura; las provisiones en alguna cueva en la roca fuera del pueblo. En ocasiones no solo escondían la comida y provisiones, también al abuelo.

El asunto de la comida, era menos angustioso para ellas, tenían sus recursos. Un comentario al respecto decía: -En el campo hay siempre algo para comer, el primer plato de comida nunca falta, una cosa u otra, siempre nos apañamos, aunque fuera con una batata dulce; una buena sopa de ajo se hace con unos trozos de pan viejo-. Entre sus méritos culinarios está el invento

LA MUJER EN LA Iª GUERRA CARLISTA (1833-1840)

de la tortilla de patatas, hecho en plena crisis de guerras y privaciones, una idea genial de mezclar huevos patatas y cebollas, para alimentar a los soldados; un manjar de dioses, que ha llegado hasta nuestros días

La mujer siempre participaría en la atención a los heridos de guerra, aunque distaba mucho del protagonismo que en este tema ocuparía años más tarde. Especialmente fue significativa su compromiso en los denominados hospitales- aldea, eran aquellos sitios donde en varias casas y al mismo tiempo hacían de hospitales camuflados, con enfermos no muy graves y convalecientes, para que no se enterasen los contrarios.

En pueblos también existían mujeres que practicaban supersticiones y conjuros; se cuenta la historia de "la saludadora", que se atribuía dones sobrenaturales: saludaba a la gente, la bendecía con la cruz de Caravaca y por arte de magia, evitaba que adquirieran la enfermedad de la rabia (siempre que mientras tanto, no les mordiera un perro rabioso).

El amor ha acompañado a la mujer de todos los tiempos, era amor en una única dirección. Decía la copla:

-Quería mi enamorado, que republicana fuera
Por toda contestación le dije, ¡viva Cabrera!

La prostitución, el oficio más antiguo de la humanidad, era inevitable a pesar de que los curas guerrilleros luchaban contra los soldados "salidos" y contra la miseria.

Un escrito anónimo de una dama de la época, decía con patetismo:

-A las mujeres no nos gustaba la guerra; quedaban los pueblos vacíos; nosotras teníamos que seguir con los negocios de la casa, arar y recoger; esconder las provisiones para que no nos la robasen; hacer jerséis y capotes para los nuestros; lavar la ropa y en invierno romper el hielo para poder hacer lo mismo-. El final de la historia es todavía más fuerte; la dama en cuestión cuenta lo siguiente: -A mi primer marido lo mataron dentro del armario, estaba escondido en el interior y los enemigos dispararon desde fuera al oírle toser.-

En esos tiempos difíciles y tenebrosos, Concepción Arenal, una joven estudiante de derecho acudía vestida de hombre a la Facultad...Años después lideraría el movimiento feminista.

Javier Álvarez Caperochipi